

Biblioteca-Films

UN BESO A TIEMPO

Núm. 141

25 cts.



WANDA HAWLEY
BERTIE JOHNS
R. BARNES



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Teléfono 958 G

AÑO . . .

BARCELONA

Núm. 141

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

:: REVISADO POR LA CENSURA PREVIA ::

Un beso a tiempo

«¿Crees, lectora, que un hombre pueda conseguir un beso de una mujer en cuatro horas? Este es el caso de nuestros protagonistas.»

SELECCIONES REALART PICTURES

Exclusiva: **ERNESTO GONZÁLEZ**

Plaza del Progreso, 2 - Madrid

Para Cataluña: **Internacional Films**

Valencia, 292 - Barcelona

REPARTO:

Lucia	Wanda Hawley
Jorge Moore	T. RY. BERNES
Roberto Colman	BERTIE JOHNS
Benjamin Patin	WALTER HIERS

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

I

Nuestra narración principia en una modesta habitación de una casa más modesta aún. Y en esta habitación presentamos a dos novios modelo. Es decir, el modelo es él, porque ella es pintora y no del montón.

Ella se llama Lucila Howell y es conocidísima en el mundo del arte.

Es él Roberto Colman, alto jefe de policía, en sociedad; y "fauno" impecable para andar por casa, como vamos a ver.

Veámosle. Ante un caballete situado cerca de una ventana, de modo que la luz que por ella entra da de lleno en la tela, vemos a Lucila de pie, sosteniendo la paleta con la mano izquierda, trabajando febrilmente en su cuadro "el Fauno".

Frente a la artista, en mangas de camisa, se halla su novio Roberto, haciendo de modelo de fauno, con un pie al aire y teniendo en su boca la flauta de triple canuto.

Como se sostenía sólo con un pie no guardaba el modelo el equilibrio debido y la pintora se queja:

—Pero ¿no puedes estarte quieto, Roberto?... Me van a salir las flautas torcidas.

—Se ve que hay corriente de aire y me he constituido; no sirvo para hacer escenas campestres.

—Anda, quédate quieto.

—Vaya, me he cansado del papel de "fauno". Ahí van las flautas y... basta por hoy..

Y diciendo esto Roberto Colman arrojó lejos de sí la triple flauta y se puso la americana, y mientras se la ponía, dijo a su novia:

—Yo creo, Lucila, que harías bien de cambiarte de domicilio, porque esta vecindad es muy poco tranquilizadora para una muchacha guapa y joven como tú.

—No lo creas; aquí vivo como me gusta; muy independiente.

—Entonces no veo cercano el día de nuestra boda. Pero ¿qué pintas aquí?

—Hago tu caricatura en tu papel de fauno.

—No seas loca, Lucila. Ese papel puede extraviarse y hacer yo el ridículo entre mis subordinados.

—Resultas inaguantable. Siempre hallas ocasión para recordarme que eres jefe de policía. Mira—y Lucila enseñaba a su novio el papel en el que había dibujado su caricatura al carboncillo.

—Es un mamarracho... De lo peor que has hecho.

—Pero no me negarás el parecido.

—Si no lo rompes no vuelvo más por aquí

Lucila rasgó el papel donde había dibujado la caricatura y contestó a su novio:

—¡Vaya, no quiero que te enfades por tan poca cosa!... ¡Qué poco hace falta para contentarte!

—¡Adiós!... Ya debiera estar en la oficina.

—¡Adiós, palomo!... Procura ser más puntual mañana para terminar de una vez este dichoso "Fauno".

Marchó el novio y la artista se fué a sus ocupaciones después de despedirle.

Digamos, ya que no lo hemos dicho antes, que Lucila Howell era rubia y muy hermosa.

II

En la oficina de Roberto Colman hay un aspirante a policía llamado Benjamín Patín, que aspira a ser un Sherlock Holmes, y a pronunciar cinco palabras seguidas sin pararse. Decimos que aspira a pronunciar cinco palabras sin pararse, porque constantemente se ejercita en corregir su pertinaz tartamudez.

Benjamín Patín es alto, grueso y muy tartamudo.

Su pasión por Sherlock Holmes le ha llevado a la exageración de tener constantemente ante la vista el tratado escrito por aquel célebre policía, titulado "El Policía modelo",

Patín se halla sentado a su mesa escritorio leyendo un interesante capítulo de su obra predilecta, cuando suena el timbre. Es el aviso del jefe que le llama a su despacho. Benjamín deja el libro y se dirige al despacho de Roberto Colman.

—Señor Patín—le dice Colman—, voy a confiar a usted una misión tan reservada como importante.

—Muy bien; pue...pue...de fi...fi...fi...arse de mí.

—Sospecho de la fidelidad de una señorita, amiga de un amigo, y es preciso que usted la vigile sin que ella lo sospeche. Para ello pue...de usted ocupar el piso bajo de su casa, y...

—¿Don...don...don...

—¡Las tres!... ¿Qué quiere usted decirme?... No me haga sufrir tanto.

—¿Dónde vive?

—Aquí tiene usted escrita su dirección en esta tarjeta.

—Esté tran... tran...

—Sí, ya estoy tran... tran... tranquilo. ¡Caray!... Ahora tartamudeo yo también.

—Los cogeré in... in... in...

—Sí, infraganti, comprendido. Pues, manos a la obra y váyase.

Benjamín Patín se propone conseguir el ascenso en "su primer caso" y va a preparar su maleta para ir a alquilar un cuarto en la misma casa que ocupa la pintora Lucila Howell.

Trasladémonos de nuevo al domicilio de ésta.

Llaman a su puerta. Es el cartero que trae una carta y un paquete con un original.

En la parte superior del sobre y en el marbete del envoltorio se leía este membrete:

SAMUEL WANE

Editor

Lucila se sentó y abrió la carta que leyó:

Srta. Lucila Howell.

Mi distinguida amiga: Me permito enviarla un libro del brillante escritor Jorge Moore, quien, admirando sus trabajos, desea que usted ilustre la obra.

Cordialmente,

Samuel Wane.

La artista desenvolvió el original. Al fijar su vista en la primera página llamóle la atención esta frase inicial:

LAS CUATRO HORAS

"¿Puedes creer, lector, que un hombre con... siga el beso de una mujer en cuatro horas?... Este es el caso de nuestros protagonistas, Juan y María."

Al leer esto Lucila se indignó musitando: "¡Estúpido! ¿Qué concepto tendrá este hombre de la mujer!..."

Se levantó y se puso en comunicación telefónica con el editor que le remitiera el original a ilustrar:

—¿Samuel Wane?... Soy Lucila Howell... Acabo de recibir su encargo... Sí, la obra de Jorge Moore... Amigo mío, esta obra empieza sentando una premisa que es pura fantasía; a una mujer no se la vence en cuatro horas. Roberto Colman, mi novio, en tres años no ha pasado de besarme el meñique... Sepa usted que yo no ilustro fantasías. Para inspirarme necesito algo más real y verosímil. La idea que defiende el autor de este libro es una tontería.

IV

En el despacho del editor Samuel Wane, un hombre tan listo, que sus mejores negocios los debe a la inteligencia de los demás, éste habla con un joven elegante.

—Le he llamado, señor Moore, para comunicarle que la artista Lucila Howell se niega a ilustrar su obra.

—¿Por qué motivo?

—Dice que defiende usted una teoría absurda, tonta, al asegurar que un hombre puede llegar a conseguir un beso de la mujer amada a las cuatro horas de tratarla. Y no quiere ilustrar historias fantásticas e inverosímiles. Un capricho de mujer.

—Pues... nos ha fastidiado, porque sus di-

bujos hubiesen influido en la venta de la obra.

—Sí, pues hoy están de moda sus obras.

—Desearía conocer a esa "superpintora". ¡Con seguridad que parecerá una foca con gafas!

—No lo crea, amigo Moore, le voy a enseñar su vera efigie.

Y el editor tomó de encima de su mesa escritorio una revista ilustrada y abriéndola invitó al autor:

—¡Mírela usted!

—¡Cuernos!... Pues es guapa la condenada.

—¿Guapa?... Guapísima y joven.

—Le apuesto cien dólares contra uno a que a las cuatro horas de conocerla, demostraré a esa señorita que lo que afirmo en mi novela puede suceder.

—Lo dudo.

—¿Que no beso a esa pintora antes de las cuatro horas de conocerla?... Lo veremos. ¿Van los cien dólares?

—Van los cien dólares.

—Deme sus señas. Y le advierto que será la propia Lucila que me besará.

—Ahí van sus señas.

—¡Hasta dentro de cuatro horas!

—¡Mala suerte para que pueda ganar los cien del ala!

Jorge Moore salió.

Aquella misma tarde, el grueso y tartamudo Benjamín Patín se halla instalado en la misma

casa que ocupa la pintora Lucila Howell, vigilándola por orden de su jefe y novio de ésta, Roberto Colman, y en el piso inferior al que ocupa la pintora.

No hacía aun media hora que se hallaba instalado Patín en su residencia, dispuesto a iniciar su primer *caso*, cuando por la ventana apercibió que penetraba en la casa, un muchacho, por su facha carnicero, pues llevaba puesto el blanco delantal de los de su oficio.

Mirando estaba el dependiente el cuadro colocado en el marco de la puerta donde se consignan los nombres de los inquilinos de los diversos pisos, cuando se presentó en la entrada el flamante escritor Jorge Moore.

—¿Dónde vas, muchacho?—inquirió el autor.

—Voy a casa de la señorita Lucila Howell.

—Le llevas algún recado.

—Chuletas de cordero.

—Dámelas; ya se las subiré yo.

—Pero...

—No hay pero que valga... Tú me las das y se las subo.

—Bueno, bueno.

—Dame también tu delantal.

—Eso no...

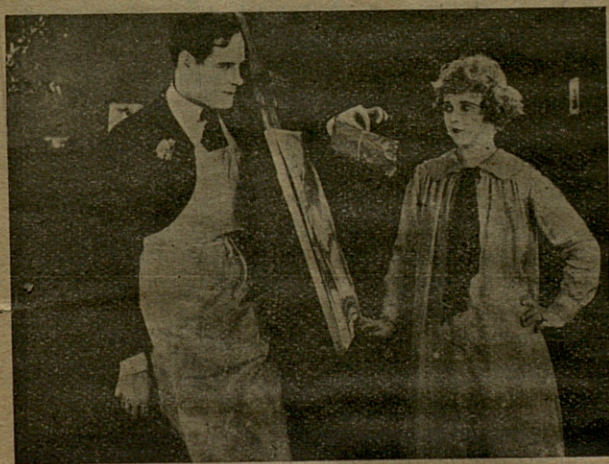
—Yo digo que sí.

Y al decir esto, Jorge Moore desprendióle el mandil, se lo puso y subió las escaleras.

Toda esta maniobra fué vista por el émulo de Sherlock Holmes, quien siguió los pasos del

autor hasta la puerta de la habitación de Lucila, en donde Jorge se había colado llevando las chuletas envueltas en un papel de estraza.

—¿Se puede?—preguntó Moore, desde la puerta.



... y he venido a traerle las chuletas.

La pintora no contestó, pues se hallaba telefoneando y el joven autor oyó cómo decía:

—Pero oye, Roberto, ¿vamos a desperdiciar un día primaveral tan espléndido como éste?... ¡Tan lindo como ahora está el campo!... ¿Que estás constipado?... ¿Y qué culpa tengo yo?... Bueno, esas son excusas que no admito; yo

quiero ir de paseo al campo y si tú no quieres venir iré yo sola.

Lucila colgó el auricular.

—¿Es usted la señorita Lucila?

—Sí, ¿qué se le ofrece?

—Yo—dijo Roberto Moore—soy el hijo del dueño de la carnicería. El dependiente está malo y he venido a traer las chuletas.

—Pues si no le es molesto lléveselas. Hoy iré a comer al campo.

—Precisamente, señorita; más vale que se las lleve porque, a veces, esas comidas campes-
tres sufren contratiempos.

—Le digo que se vaya al cuerno.

Y Lucila cogió su paleta y se puso a pintar una tela dispuesta en el caballete, pensando en la frase atrevida del autor de la obra que se había negado a ilustrar.

Lucila no cree que existan hombres capaces de tal audacia; pero en su corazón desea ardientemente hallarse frente a uno así, y demostrarle la fortaleza de la mujer.

Jorge Moore había quedado en el centro de la habitación dando vueltas en sus manos al paquete que contenía las chuletas. Se adelantó hasta cerca del caballete y preguntó sonriente:

—¿Tendría usted la bondad de decirme qué hora es, señorita?

—Las tres en punto—contestó secamente Lucila.

Jorge contempló el esbozo que ésta pintaba



— ¡Oh! ¡Qué bonito! Es Vd. una mujer de talento.

y exclamó, sólo con el deseo de entrar en conversación:

—¡Oh!... ¡Qué bonito!... ¡Es usted una mujer de talento!

Jorge Moore se apercebió de que la pintora no le hacía ningún caso; pero como él tenía más recursos que un pleito, cuando se proponía hacer su santa voluntad, buscaba la lengua a Lucila.

—¿No quiere usted las chuletas, señorita?

—No, lléveselas.

—Entonces...

Y al ver un gato en la habitación, desenvolvió el paquete y le arrojó la carne.

—Bis, bis, bis—llamaba Moore al gato—toma, monín, cómetelas tú, ya que tu ama no quiere...

—¿Qué hace?—preguntó Lucila enfurecida—. No quiero que mi gato coma carne cruda... ¿Lo oye?

—Pero..., señorita, ¿me las voy a comer yo?

—Haga usted... lo que quiera, caballero... Lo mejor que puede hacer es marcharse.

—Ya me voy; no se sulfure por tan poca cosa.

Jorge fué hasta la puerta y Lucila reanudó su trabajo; pero el autor no daba su brazo a torcer y quería salir con la suya.

Antes de cerrar la puerta, se fijó en un ramo de flores campestres colocadas en un búcaro y exclamó:

—¡Oh, qué lindas flores!... ¿Le gusta a usted mucho el campo?

—Con delirio; como que estaba comprometida a salir con mi novio y como es jefe de policía no puede acompañarme, a causa de sus ocupaciones. Pero estoy decidida a tomar un taxi e ir sola sin que él se entere.

—Precisamente, señorita, mi hermano tiene la parada cerca de aquí. Si usted quiere yo le avisaré que venga a recogerla.

—Como usted guste, joven. Sí, sí, avísele. Yo no perdono el paseo campestre.

—Voy al punto, señorita.

Salió Jorge Moore pensando: "Ya es mía".

Al traspasar el umbral de la puerta de la habitación de Lucila, topó con el policía Benjamín Patín, quien se hallaba fisgoneando por la cerradura de la puerta. Al ver a Jorge Moore murmuró en voz baja, pero no tanto que no le oyera éste:

—¡Qué fe... fe... feo es!

—¡Qué fe... fe... feroz cara hace usted, amigo!—burlóse Jorge.

—De mí no se ríe nadie, ni fa... fa... fa... farolea, caballero.

—Parece que está usted solfeando.

—¿Se pitorrea usted?... Soy detective.

—¡Me alegro de verle bueno!

Un instante más tarde, Patín telefoneaba a su jefe:

—En la casa de Lucila Howell ha entrado un hombre muy sospechoso, que no tar... tar...

tardó en sal... sal... salir. Sigo su pis... pis... pista.

Entretanto era de ver lo que es capaz de hacer un autor para lograr un triunfo.

Jorge Moore salió a la calle. Muy cerca de la puerta de la casa habitada por Lucila, había parado un automóvil; el autor se dirigió al chofer y le invitó a que le dejara su sitio en el volante; aquel le contestó:

—Este coche es mío.

—Pero como yo lo necesito, usted me lo va a dejar... Yo le pagaré lo que sea, según las horas que le ocupe.

—Le advierto...

No dijo más, porque Jorge Moore, que ya se había sentado a su lado, le dió un empujón y lo apeó.

Cuando la policía y el público se dieron cuenta del atropello ya el automóvil había desaparecido llevándose a Jorge Moore—éste lo guiaba—y a Lucila Howell.

El novio de Lucila, inspector de policía Roberto Colman, recibe este lacónico aviso telefónico:

—El pre... pre... tendiente de Lucila acaba de pelearse con un chofer y se ha llevado su automóvil...

—¿Y Lucila?—preguntó Colman.

—Acaba de ma... ma...

—¿Matarse?...

—No; marcharse. Se la ha lle... llevado.

—Corra en su persecución.

Patín bajó a la calle, subió a un taxi y partió en persecución de la novia de Colman.

V

Jorge Moore y Lucila Howell llegaron a la campiña y bajaron del coche muy cerca de un campo de almendros en flor.

—Aquí podremos disfrutar de las bellezas del campo.

—No sé por qué se me figura que usted no es carnicero.

—Le diré... Yo soy... soy la Primavera. ¡Oh, la alegría, las flores, la luz!

Y al decir esto Jorge echó a correr por entre los almendros floridos; pero resbaló en la hierba y cayó.

Lucila corrió tras él.

—¿Se ha hecho usted daño?—le preguntó.

—Sí; y debe usted saber, señorita, que mi madre me besaba siempre que me hacía daño. Béseme usted aquí—y señalaba su carrillo.

—Yo no soy su madre.

—Ya lo sé; pero figúrese que es usted mi hermana. ¡Ya ve que no le pido mucho! Un beso de hermanos.

—¡Friolera!... Todos somos hermanos, pero no para besarnos.

—Bueno, bueno; como quiera.

Jorge Moore miró su reloj. Eran las cuatro. Había transcurrido ya una hora y... nada; el beso no llegaba.

—Si usted me lo permite voy a tomar unas notas muy interesantes—dijo Moore sacando un block de notas, y preguntó a Lucila:

—¿Qué es lo que más le gusta en este mundo?

—¿Lo que más me gusta a mí?... Pues la gimnasia, la poesía, la música y las danzas.

Mientras hablaba la artista, el autor escribía en el block.

—Pues todo eso, señorita, y mucho más lo hago yo a las mil maravillas. Ahora lo verá.

Y Jorge Moore se dispuso a agotar cuantos recursos sirviesen para ganar su apuesta. Se puso a hacer ejercicios respiratorios y contracciones agarrándose a la rama de un árbol; pero lo hacía bastante mal, por eso le dijo Lucila:

—Vea usted ahora cómo lo hago yo.

Y cogiéndose de la misma rama hizo unas contracciones magistralmente. Jorge quedó con la boca abierta admirado de la fuerza muscular de aquella linda muchacha.

—Lo confieso. En gimnasia gana usted; pero ¿se apuesta usted... un beso a que en poesía gano yo?

—¡Dale con los besos!... No apuesto nada.

Jorge miró la hora: las cuatro y cuarto.

—Oigame, señorita Lucila. Ahora va a oír usted canela fina:

No culpes a los labios
si no saben hablar;
los labios cuando hablan
se entreabren al *besar*.

—¿Otra vez?... Parece que está usted obsesionado por ese verbo. Hay más poesía en las ramas de estos almendros *besados* por el sol...

—¿Otra vez?—exclamó satíricamente Jorge.

—...que en ese esperpento que acaba de declarar. Esas ramas floridas...

—*Besadas* por el sol...

—Son la imagen de la belleza de la vida...

—Veo que también me gana usted en poesía; pero la música... ¡Oh!... ¡La música!

—No me vaya usted a molestar los oídos con un cantar de cacatúa... Pero si quiere usted cantar...

—No; prefiero tocar el caramillo.

Y Jorge cortó una caña, hizo unos agujeros y se puso a tocar.

—Supongo no toca usted la flauta por casualidad.

—No... ¿Y el baile?

—¿El baile también?

—¿Ha visto usted alguna vez a la Pawlova?

—¿La bailarina?... Ya lo creo.

—Pues ahora verá una exactísima imitación.

Jorge Moore empezó a dar unos exagerados pases de bailes egipcios que hicieron desternillar de risa a Lucila.

—Ja... ja... ja... Ahora estoy convencida de que es usted carnicero.

—Tiene usted mucha gracia, Lucila... digo, señorita Lucila...

—¿Por qué?



— Estas ramas floridas son la imagen de la belleza de la vida.

—Porque...—suspendió Jorge la frase mirando a la carretera y la terminó con estas palabras señalando al horizonte:— tiene muy poca gracia aquel automóvil que viene por la carretera.

—¿Por qué?

—Porque me parece que en él viene un policía que va en nuestra busca.

—¿Cree usted?

—No lo sé; pero es muy probable.

—¿Si fuera mi novio?

—Lo mejor será dar por terminado nuestro paseo campestre, por si acaso.

—¡Vayámonos deprisa!

—¡Volando!

Al ir a subir al coche Jorge volvió a mirar la hora en su reloj: eran las cinco menos cinco y... la pelota estaba en el tejado; al paso que iba, la apuesta la ganaría su editor.

Jorge Moore se sentó al volante y Lucila a su lado. Un minuto después, dos antes de que llegase a aquel lugar el taxi donde iba en su persecución el policía Patín, ambos iban, en alas del motor, a una velocidad fantástica.

Había que ver a aquellos dos automóviles en competencia de velocidad lanzados a todo motor, y todo por el capricho de un autor para lograr probar con hechos la premisa lanzada en su obra próxima a publicar: un beso de una mujer en cuatro horas.

¿Logrará Jorge Moore su propósito?... Sigamos en espíritu la marcha desenfundada de los dos coches.

Comprendieron los perseguidos que el policía no tardaría en darles alcance y procuraron engañarle huyendo de la carretera. En un recodo en que se perdían a la vista de su perseguidor, metieron el coche por entre unos pi-

Jorge Moore empezó a dar unos exagerados pases de bailes egipcios.



nares y ascendieron a un montículo, creyendo, así, substraerse a la persecución de que eran objeto. Pero si bien lograron despistar al policía Patín, al dejar la carretera cayeron en una hoya, poco profunda, sí; pero que fué causa de que el capó quedase hecho un acordeón; si bien ellos salieron ilesos del percance.

Dejaron el coche por no serles de ninguna utilidad y se dirigieron a pie hasta la aldea próxima, distante como de un kilómetro del lugar del siniestro.

Jorge y Lucila empezaban a tener apetito: eran ya las seis en el reloj del primero... y el beso estaba en la primera cuartilla de su obra. Una hora faltaba para ganar la apuesta y hasta el momento iba camino de perder.

—Vamos a un hotel—invitó Jorge empujado por el apetito que le habían abierto de par en par los aires campestres.

—Sí, es lo mejor que podemos hacer—asintió Lucila, pensando en las chuletas que habían quedado en su casa a merced de los gatos.

Llegaron al pueblo y fácilmente hallaron un restaurant, pues en aquel momento se había iniciado un baile en el salón principal del establecimiento con acompañamiento de acordeón y la música de percibía de lejos.

—Sirvanos de comer en un lugar discreto—ordenó el escritor al dueño del establecimiento,

—Vengan ustedes conmigo—invitó el hotelero.

Los tres subieron al piso primero por una escalera interior que partía del salón principal y penetraron en uno de los comedoreitos reservados para matrimonios o parejas que deseaban no ser observadas por miradas indiscretas.

Empezaron a comer; mas antes que terminaran presentóse en el hotel el detective Patín, que les seguía la pista. Y preguntó con gran azoramiento:

—¿No está aquí una pa... pa... pa... reja...?

—¿Y a usted qué le importa?

—Soy po... po... licía—y enseñó en el reverso de su solapa la placa, distintivo del cuerpo a que pertenecía.

—Sí, arriba están.

—Ahora los co... co... geré. Espere.

Patín fué al teléfono y se puso en comunicación con su jefe.

—¿Señor Colman?... Ya los tengo en mi poder. Este que acompaña a la señorita Lucila es pe... pe...

—¿Pepe?... ¿Qué Pepe es ese?... Dígame el apellido.

—No di... di...

—¿Nodidi?... No le conozco.

—No di... di... go eso. El hombre que acompaña a la señorita Lucila es pe... pe... ligroso.

—¡Ah!... Pues duro con él. A pillo, pillo y medio. Tráigamelo aquí atado codo con codo.

—Se hará... Pero antes quiero saber lo que piensan y lo que dicen, fingiéndome cama... ma... rero.

—Espabílees y no pierda tiempo.

Cuando Colman colgó el auricular, murmuró:

—A Patín se le escapa este hombre... ¡Vaya si se le escapa!

Los jóvenes comensales notaron un cambio de camarero.

—¡Demonio—exclamó Jorge durante una corta ausencia del grueso camarero, que no era otro que Patín—, éste es el tío tartamudo que espiaba mis actos en su casa, Lucila! Para mí que es policía.

—Un enviado de mi novio para espiar mis actos.

—Pues se va a fastidiar, porque ahora le voy a pedir un plato que tardarán media hora en traerlo y nos largamos por esa ventana.

Llegó el camarero-policía y Jorge Moore le pidió:

—Traiga usted un pollo asado al horno; pero entero, ¿eh?

—Está bien.

Salió Patín, y Moore cerró la puerta.

—Huyamos, Lucila, por esta ventana. No pierda usted el tiempo.

Un momento después, los dos perseguidos saltaban desde la ventana a una galería y de ella a la calle.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Lucila.

—No nos queda otro recurso que ir andando hasta la próxima estación. Lo siento por usted. A menos que quiera que la lleve auestas.

—De ningún modo. Iremos andando.

Jorge miró la hora. Sólo faltaban cinco minutos para las siete, y el beso... en las nubes.

Mientras se apresuraban para atravesar el pueblo, vieron cómo un grupo de chiquillos encendieron una hoguera. A la distancia de unos veinte pasos de ella, había una cuba metálica en un carro con este letrero: *Shell*, es decir, bencina.

Otro grupo de niños, que jugaban cerca de aquel carro, abrieron el grifo de la bencina y echaron a correr.

El líquido inflamable, formando un reguero, serpenteaba calle abajo.

Jorge y Lucila vieron el peligro que corría una niña sentada en un bordillo cercano a la hoguera. El reguero de la bencina iba a llegar al fuego y el peligro era inminente.

Todos los niños habían huído menos aquella criaturita que iba a ser víctima de la catástrofe que se avecinaba.

Jorge comprendió la terrible situación; se precipitó hasta la niña que tomó en sus brazos y echó a correr, seguido de Lucila, hasta un campo próximo.

Un segundo después, una terrible explosión

se produjo, volando, hechos añicos, la cuba y el carro.

La niña salvada se abrazó al cuello de su salvador y le besaba cariñosamente.

La madre de la niña tan milagrosamente librada de aquella catástrofe se abrazó también a Jorge y le dió agradecida un beso.

A la vista de la heroicidad, en el corazón de Lucila comenzó a latir un generoso impulso hacia el valiente. Su corazón se enardeció, tomó entre sus manos la del héroe, le felicitó y acercando sus labios a su rostro le besó.

Jorge miró la hora y exclamó:

—¡Un beso a tiempo!

—¿Cómo?

—Señorita Lucila, mire usted, son las siete menos un minuto—y le mostraba la esfera de su reloj—, me ha besado usted a tiempo.

—No entiendo.

—Usted aseguró que ninguna mujer besaba a un hombre a las cuatro horas de haberle conocido; pues vea cómo se equivocó.

—Pero...

—Yo soy Jorge Moore, el autor de la novela que usted no quiso ilustrar por inverosímil y yo le acabo de probar que la premisa de mi novela no es ni un absurdo ni un imposible. Antes de transcurrir las cuatro horas de conocerme usted me ha besado. ¿Está usted convencida?

—Y muy molestada,

—Lo siento, Lucila, porque no tengo por costumbre molestar a las mujeres bonitas.

Contrariada Lucila, marchó a su casa, jurando no volver a creer en ningún hombre.

A llegar a la entrada de su casa despedía a Jorge Moore, mas éste insistió en subir hasta su piso con el fin de dar una última explicación.

—¿Qué tiene que decirme?—preguntó Lucila malhumorada cuando hubo llegado al piso.

—Lamento, es decir, celebro el incidente y espero que teniendo sólo en cuenta que ya le demostré lo que consideraba imposible, accederá a ilustrar mi pobre libro.

Lucila se encogió de hombros con la faz enfurruñada.

—¿Hará los dibujos para mi novela?... ¿Sí o no?

Jorge creyó ver dibujado en los labios y sobre todo en los ojos de la joven una sonrisilla maliciosa y entonces, tuteándola, exclamó:

—¡Lucila, dime que sí!

En aquel instante se abrió la puerta y aparecieron Roberto Colman y Benjamín Patín, éste sudoroso, jadeante.

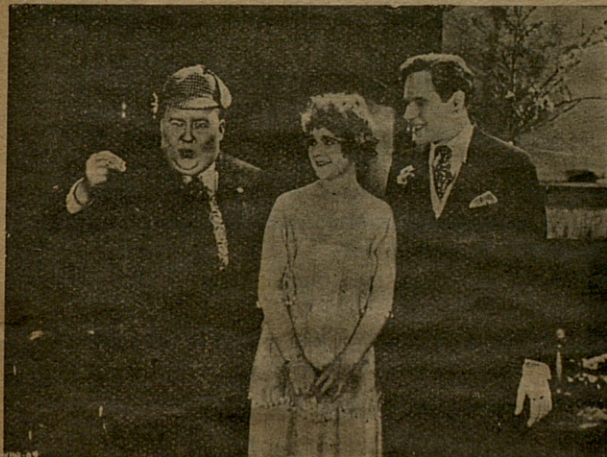
—¡Por fin!—exclamó Colman—. Tú has ido de paseo con un hombre, ¿quién era?

—¿Y a ti qué te importa?—le plantó cara Lucila.

—Me importa, puesto que vas a ser mi esposa.

—Iba a serlo; pero he variado de modo de pensar.

—Es que conmigo no se juega. ¡Soy jefe de policía!



—¿Dónde está el au... au... to...?

—¡Y a mí qué!... ¡Como si fueses papa!

—¿Acaso es este joven—y señaló a Moore—quien te hizo cambiar de pensamiento?

—Sin acaso; éste es el hombre con quien me voy a casar.

Lucila se acercó a Jorge, éste la tomó por la cintura. Colman replicó iracundo;

—¡Pero si es un ladrón!... ¡Si ha robado un taxi!

—Soy persona honorable y solvente—manifestó Jorge—y una vez aclarado lo sucedido, indemnizaré a todo el mundo por las molestias ocasionadas.

—¿Dónde el au... au... to que usted ro... robó?

—Esté tranquilo; lo hemos dejado col... colgado para que no se arrugue.

—Si no fuera porque estoy an... an... te mi je... jefe le daba un pun... pun...

—¡Punto en boca!—dijo Jorge Moore.—¿Me permites, Lucila, que hagamos público nuestro compromiso?

—Sí, pero con una condición.

—¿Y es?

—Que cuando tu libro salga a luz, sea con este título y esta dedicatoria:

UN BESO A TIEMPO

a Lucila Howell.

FIN

Núm. 142 - BIBLIOTECA FILMS - 28 Septiembre

Travesuras de una joven

Linda novela de amor donde se pinta el final de una joven coqueta, mariposa del amor.

Por los eminentes artistas

LAURA LA PLANTE

y

EDWARD HEARN



Postal:

JACKE HOXIE



25 céntimos

Señorita, joven!

Coleccione usted

Biblioteca Films

— y —

Films de Amor

LAS MEJORES Y MÁS

SELECTAS NOVELAS

CINEMATOGRAFICAS

Enviamos catálogo gratis

BIBLIOTECA FILMS

Calle de Valencia, núm. 234

B A R C E L O N A

NO DEJE USTED DE LEER EN

FILMS DE AMOR

LA
PIRA
PIRA

DEL
MAR



Artística
curativa
usada

50
cénts.

que atrae fuertemente al lector

Dolores Costello

FILM - Valencia, 254 - BARCELONA

Calle de Valencia, 254 - Teléfono 958 G. - Barcelona